

CUENTO

LA INERCIA, LOS PEATONES Y LA MUERTE

Cualquier transeúnte que se cruzaba con ella, invariablemente volvía la mirada para verla.

Su aspecto era cadavérico, de piel rígida y grisácea; la mirada fija, perdida, semejaba la imagen de una esfinge olvidada en las dunas del tiempo, de la arena y del sol resplandeciente, esfinge que posa para el cielo tan igual y tan diferente, día a día.

El cuerpo rígido —tambaleante, de robot— seguía de frente: las piernas tiesas, cual soldado acatando la orden, sin pensar, sin sentir, sin discernir ni cuestionar.

Los brazos colgaban como el péndulo de un reloj que midiera el tiempo segundo tras segundo, sólido y acompasado, rítmico y constante... mientras existan el universo y la materia.

Músculos faciales tensos, ni gesto ni sonrisa, no miosina, no sinapsis no acetilcolina, no cambio de polaridad membrana-membrana.

Aquel ser sin parpadeo, tenso, rígido y en movimiento, se convertía en espectáculo como la aurora, como el crepúsculo, como el bosque y la montaña, como el paisaje marino, como el rock, las luces y la muchedumbre.

El caucho de un auto obligado a detenerse bruscamente pintó el asfalto: sí, había frenado por la impertinencia de aquella autómatas ¿qué digo?, no, rectifico: de esa zombi.

Aquella belleza de otro momento continuó hasta que fue detectada por el servicio recolector de entes en inercia: la mujer había fallecido de un paro cardíaco; continuaba caminando porque así había muerto... la naturaleza —en obediencia a la primera Ley de Newton— la mantuvo así hasta que el aparato psicomotor del sistema nervioso central fue desconectado por los físico-médicos del servicio de limpieza.

La inercia, superada por la mayor fuerza aplicada, había cesado y el cadáver deambulante cesó su marcha.

Alexis Po

EL EXTERMINIO

Había sido una larga noche fría,
oscura,

pero con un cielo de estrellas
brillantes.

La tranquilidad
y el silencio
contrastaban

con el correr
del agua sobre las rocas,
en el arroyo

el murmullo de los grillos
rompía el casi rítmico escurrimiento
de las gotas del rocío.

Por la mañana
me llené de energía
al caer los rayos solares

sobre mis moléculas,
sobre mis átomos;
mis electrones se excitaron
y fueron danzando

de un orbital a otro;
saltaron, y se regocijaron
como chiquillos brincales
a la hora del recreo
en la escuela
en el campo.

Todo en mi alrededor
se llenó de luz, de calor;
el viento corrió a lo largo
me estremeció
de pronto
un ente biológico;
un herbívoro, se acercó
peligrosamente, mordisqueó allá
mordisqueó acá
y yo, sin importar ser
clorofila de hoja poética,
dejé de existir
como tal.

Alexis Po

